

## SOCIEDAD E INDIVIDUO: RELACIONES PERSONALES E IMPERSONALES

Sin duda sería un craso error de juicio limitarse a definir la sociedad moderna como una sociedad impersonal, de masas. Esta interpretación procede, en gran parte, de unos diagnósticos basados en la pura teoría y excesivamente limitados del concepto de sociedad y de una sencilla ilusión óptica.

Quienes conciben la sociedad primordialmente en sus categorías económicas, quienes la comprenden partiendo de su sistema económico, forzosamente tienen que llegar a creer en la preponderancia de las relaciones impersonales, puesto que, en efecto, son éstas las predominantes en el sistema económico. Pero la economía no es más que uno de los estímulos de la vida social, al que acompañan muchos otros.

También cuando se parte del punto de vista del individuo aislado resulta válida la tesis de que éste, por lo general, sólo puede establecer relaciones impersonales. Hasta aquí la sociedad—si se entiende como tal la totalidad del conjunto de interrelaciones posibles—aparece como predominantemente impersonal. Pero al mismo tiempo también resulta válido afirmar que el individuo tiene la posibilidad de intensificar, en ciertos casos, sus relaciones personales, de comunicar a otros algo de lo que le es íntimamente propio, buscando así su confirmación. También esta posibilidad se da masivamente si consideramos que existe para todos y que es adoptada y realizada por la mayoría. Entre los rasgos característicos de la sociedad moderna se cuenta la realidad fáctica de que esa posibilidad señalada es fácilmente accesible, y apenas se ve alterada por consideraciones respecto de cualquier otro tipo de relaciones específicas.

En consecuencia, para la siguiente exposición nos basamos

RESALTO  
DE LA AFIR-  
MACIÓN DE  
LA SARESA  
ES EL BARRIO  
DE CUCUTA

en el principio de que, en comparación con otras formaciones sociales más antiguas, la sociedad moderna se caracteriza por una doble acumulación: un mayor número de posibilidades de establecer relaciones impersonales y una intensificación de las relaciones personales. Esta doble acumulación de posibilidades ha podido construirse porque la sociedad es más compleja en su conjunto, y porque está en condiciones de regular mejor la interdependencia existente entre distintos tipos de relaciones sociales; y de filtrar también con mayor efectividad las interferencias que puedan presentarse.

Cabe hablar, ciertamente, de una intensificación de la posibilidad de establecer relaciones impersonales, dado que en muchos terrenos resulta fácil lograr una comunicación afirmativa, aun cuando no se conozca personalmente al compañero o asociado y sólo se valoren en él algunas de las características de su papel social directa y fácilmente reconocibles (agente de policía, vendedora, central telefónica, etc.); y también porque cada operación individual depende de muchas otras, cuyas garantías funcionales no radican en las características personales que podrían resultar conocidas y en las cuales se podría confiar. Como en ninguna otra sociedad anterior, se dan en la sociedad actual previsiones merecedoras de confianza aunque improbables, contingentes, que no pueden ser consideradas de origen natural, como tampoco abarcadas en su complejidad por el conocimiento personal.

Del mismo modo, la ampliación de la posibilidad de establecer relaciones personales no puede considerarse como una simple extensión ni como un incremento del número y la diversidad de las relaciones de comunicación desarrolladas afirmativamente. Una extensión numérica de este tipo de relaciones tropezaría en cada individuo concreto con un límite insalvable, tras el cual las exigencias que presentarían esas relaciones personales tan extensas serían de todo punto imposibles de satisfacer. En las relaciones sociales el impulso personal no puede extenderse, sino que ha de intensificarse. En

otras palabras, ese impulso hace posible unas relaciones sociales personales en las que destaquen ciertas cualidades individuales o, preferentemente, todas las cualidades de una persona individualizada. Vamos a designar esas relaciones con el apelativo conceptual de *interpenetración intrahumana*. En el mismo sentido podría hablarse de *relaciones íntimas*.

ESTE CONCEPTO  
PARA INCLUIRLO  
EN AS. 6.

Este concepto presenta un carácter gradual. Parte de la base de que los componentes específicos de los recuerdos, la actitud y la situación de un individuo no son accesibles a otro en su totalidad. Y esto por la simple razón de que ni siquiera son accesibles, por entero, al propio individuo (como puede apreciarse en el intento de Tristram Shandy de escribir su biografía). Sin embargo, como es lógico, hay algo, una parcela «mayor o menor» de esos componentes, que uno puede conocer acerca de otro y respetarlo en consecuencia.

En el ámbito de la comunicación existen reglas y códigos que, antes que nada, señalan de manera precisa que en ciertas relaciones sociales se debe estar abierto a los demás, no mostrar nunca desinterés por las cosas que otro considera importantes y no dejar sin respuesta ninguna pregunta, sobre todo si se refiere a cuestiones personales.

Mientras que la *interpenetración intrahumana* puede aumentar y crecer de modo continuado—en tanto que la sociedad le ofrezca espacio libre y pueda servirle de filtro protector contra las interferencias—, la actitud conducente a esta posibilidad y a su realización en el campo de las regulaciones comunicativas tiene que ser fijada de manera *discontinua*. Así se consigue un modelo de sistema para las relaciones íntimas sin poder sustraer nada personal a la comunicación.

De todo lo que sociológicamente sabemos y suponemos<sup>1</sup> sobre la génesis social de la individualidad a nivel personal, no nos es posible deducir que la necesidad de alcanzar dicha individualidad personal y la posibilidad de objetivarse a sí mismo y a los demás pueda ser aclarada mediante constantes antropológicas. Tal necesidad y su posibilidad de expresión y recono-

cimiento en el campo de las relaciones comunicativas se corresponden, más bien, con la complejidad y la tipología diferenciada del sistema social.<sup>2</sup>

No vamos a abordar aquí en toda su amplitud el tema de la sociogénesis de la individualidad y la semántica que la acompaña, sino que nos limitaremos a una cuestión parcial muy importante en este contexto: la cuestión del origen del medio de comunicación simbólicamente generalizado al que se encomienda la tarea específica de posibilitar, atender e impulsar el tratamiento comunicativo de la individualidad.

Naturalmente, en este aspecto se puede partir de la base de que la individualidad del hombre—comprendida como una unidad corporal-psíquica en el sentido de su automovilidad y, sobre todo, en el sentido de la muerte propia y única de cada uno—es una experiencia aceptada y reconocida por todas las sociedades. También la indestructibilidad cristiana del alma y el concepto, igualmente cristiano, de que su salvación es el destino particular que está reservado a cada individuo, que no puede estar predestinado por la clase social, por la familia ni por las circunstancias de su muerte; tampoco el polémico individualismo del Renacimiento, la individualización de la orientación afectiva y del racionalismo natural (según Luis Vives), ni el individualismo autoestablecido del barroco sobrepasan en lo esencial la facticidad antropológica, sino que se limitan a fortalecer su legitimidad social en vista de las crecientes dificultades que mantienen anclada a la persona, en calidad de individuo, en las estructuras sociales. Aún en nuestro tiempo la persona sigue siendo identificada por su estatuto social, es decir, por su situación en el marco del sistema de clases, pero simultáneamente se facilita cada vez más la posibilidad de realización de sus pretensiones de cambio hacia una situación distinta en los campos funcionales de la política, la economía, la religión y las ciencias académicas. De momento nada de esto ha producido una disociación o cualquier otro tipo de transformación en el antiguo concepto del individuo—aplicado al

ser humano—, es decir, en su definición basada en su carácter separado de los demás y en la imposibilidad de fragmentación o disgregación<sup>3</sup> de su unidad.

La evolución que ha experimentado el mundo actual, que liquidó el concepto antiguo del individuo y dio un nuevo contenido a la palabra, presenta diversos aspectos que deben ser diferenciados con atención, puesto que no expresan solamente diversidades concretas sino que, además, originan contradicciones entre ellas. En primer lugar, apreciamos que en el proceso de transformación que llevó desde un estado de diferenciación social estratificada, rígida, a una diferenciación social funcional, se produjo una diferenciación más fuerte entre el sistema personal y el sistema social (lo que expresado con mayor exactitud quiere decir una acentuación de las diferencias sistema/ambiente en los sistemas personales o, en su caso, sociales). La razón de ello es la siguiente: en el caso de una diferenciación funcional la persona individualizada ya no puede seguir siendo radicada permanentemente en un subsistema de la sociedad—y sólo en uno—, sino que tiene que ser concebida y considerada como un ser inestable socialmente, es decir, sin un lugar fijo y único en el que radicarse.<sup>4</sup> Esto significa que las personas, en la actualidad, se caracterizan y se distinguen no sólo por una mayor diversidad de sus atributos (lo que muy bien podría ser puesto en duda), sino también por el sistema de referencias de sistemas personales cuya relación sistema/ambiente se diferencia fuertemente, de modo que estas diferencias deben ser consideradas y tratadas como producto de la casualidad (y no como una característica particular de la especie) cuando se presentan en individuos que muestran caracteres semejantes.

Esta tendencia a la diferenciación, fácilmente concebible de manera teórico-sistemática, es causa cada vez con mayor frecuencia de que el individuo trate de reinterpretar en su propia persona sus diferencias con el medio en que se desenvuelve (y en la dimensión tiempo: la historia y el futuro de tales di-

ferencias), con lo cual el Yo como foco central de la experiencia y del ambiente ve sus contornos relativamente difuminados y borrosos. No basta ya la autoidentificación como base fundamental de la propia experiencia y de la acción; para conocer la existencia del propio organismo no es suficiente con tener un nombre y estar establemente clasificado por categorías sociales generalizadas, como edad, sexo, estatuto social o profesión. En el campo de su *sistema de personalidad* el individuo necesita mucho más para encontrar su propia confirmación, ya que tiene que hallarla en la diferencia con su *ambiente* y en la forma en que se diferencia de los demás por sus actos y comportamiento. Al mismo tiempo, la sociedad y las posibilidades distintas de evolución constituidas por ella se vuelven complejas y opacas. De aquí surge la necesidad de situarse en un mundo cercano, en un medio comprensible, que inspire confianza, íntimo (en el sentido aproximado del *philos* de la Grecia antigua).

La individualización de la persona y esa necesidad de un mundo cercano no siempre discurren necesariamente de modo paralelo, sino que, en ocasiones, hay entre ellas cierta tendencia a la contradicción, puesto que ese mundo íntimo y próximo ofrece al individuo para su desarrollo un campo de juego más reducido que el que le ofrece un macromecanismo de tipo impersonal, jurídico, económico, político o científico.

Por esa razón la «creciente individualización de la persona» no constituye un concepto suficiente para abarcar los problemas que el individuo tiene que resolver en el mundo moderno. No es posible retirarse sencillamente a la propia autonomía y confiar en la capacidad de adaptación implícita en ella. Puede hacerse, pero hay que sumar a ello el hecho de que el individuo necesita experimentar la *diferencia* entre su mundo próximo y el mundo lejano, la *diferencia* entre sus vivencias, sus evaluaciones y sus formas de reacción y las constituidas de manera anónima. Y lo precisa de igual modo para todos los horizontes de valor, para así poder captar la inmensa comple-

jidad y la contingencia de todo aquello que se anuncia como posible. El individuo necesita estar en condiciones de utilizar todas estas diferencias para ser capaz de canalizar sus logros informativos. Esto sólo es posible cuando se está en condiciones y decidido a dar un tratamiento altamente personal a las propias vivencias, resuelto a la acción en busca de afirmación en el campo social. Para el logro de esas reivindicaciones se cuenta con formas sociales acreditadas. El individuo tiene que estar en condiciones de obtener incidencia social no sólo por lo que él mismo es, sino también por aquello que observa por sí mismo.

Esta situación, este estado de cosas, se formula de manera tan complicada para poder llegar a comprender que toda comunicación sobre acontecimientos de relevancia personal presenta un doble aspecto de autoexistencia y de proyecto de mundo, y que quien participe de ello como *alter ego* se compromete en ese doble sentido, en su nombre y en el de los demás. Así, es condición necesaria para la diferenciación dentro de un mundo privado común que cada uno pueda llevar parcialmente sobre sus hombros el mundo de los demás, puesto que a él mismo se le asigna allí una posición especial; ya que en ese mundo de los otros se adelanta y perfila aquel que será amado. Pese a todas las discrepancias posibles entre la individualización provocada y la necesidad de un mundo íntimo y cercano—sólo hay que pensar en los sentimientos de amistad y soledad en el siglo xviii—, se ha desarrollado para ambos problemas un medio de comunicación común que utiliza el campo semántico de la amistad y el amor.

La diferenciación de este medio específico y la solidez de su semántica configuran nuestro tema. En la segunda mitad del siglo xvii esta diferenciación se perfiló de manera clara. Ya en aquel entonces podía sustentarse en la valoración reconocida de la individualidad y en las tareas que se exigían del individuo en cuanto tal, como el autodomínio y el control afectivo; pero no podía evitarse que los individuos se orientaran

UNA EXIGENCIA  
PARA SER PARTE

hacia la diferencia de las interacciones [personal e impersonal] y buscaran un marco apropiado para una comunicación altamente personal y de íntima confianza. En la comunicación, todavía ligada a la situación clasista, faltaba completamente la necesidad de un mundo cercano a interpretar en la totalidad del mundo. ¿Cómo fue posible, pese a ello, el desarrollo de un medio de comunicación peculiar para el ámbito de la intimidad? ¿Y cómo se ha producido ese desarrollo? Antes de embarcarnos en estudios históricos hay que buscar respuesta a esta pregunta, en principio a través de una teoría general de los medios de comunicación simbólicamente generalizados.